

Verdadero de verdad poética y fuerte de testimonio humano, *Príncipe de Naipes* hace ver a Rojas como el más significativo de los jóvenes poetas chilenos, entendiendo por tales aquellos que comienzan a publicar desde el año 60.

JAIME CONCHA

<https://doi.org/10.29393/At418-134CPLM10134>

*Constantino Paleólogo*, de NIKOS KAZANTZAKIS. Santiago de Chile, Editora Santiago, 1967.

Gracias a la dedicación y esfuerzo de Miguel Castillo Didier podemos conocer una nueva obra de Nikos Kazantzakis en su traducción directa de la tragedia *Constantino Paleólogo*. Obra que, según las noticias del traductor, sabemos fue representada en Atenas en el año de 1962.

Si bien el asunto de la obra con sus personajes nos es extraño y desconocido, como bien sostiene Castillo en su nota preliminar, así también podemos sostener, en cuanto lectores, que la extrañeza sólo es el límite hasta el momento de tomar contacto con esa visión trágica y la palabra que la posibilita y expresa, aun cuando tengamos que contentarnos con sólo la traducción. Sin embargo, creemos que, para el que conoce ya algunas obras de este autor, es de algún modo accesible el mundo configurado en esta obra, por las ideas e imágenes que se repiten en cuanto tienen para su autor una significación de verdad para la vida humana y su suceder y perfeccionamiento, que es justamente una de las ideas centrales de este vitalísimo y profundo escritor neogriego.

La obra nos sitúa en los acontecimientos trágicos de la noche del 28 al 29 de mayo de 1453, esto es de la caída de Bizancio en poder de los turcos. Este hecho histórico y los problemas con sus distintos aspectos que afloran en momento tan crítico, a nuestro juicio, no es sino el marco dentro del cual acontece el conflicto trágico. Así entonces, vemos, por una parte, la situación histórica planteada en la lucha entre el Imperio Turco y el Imperio Bizantino, situación política en los límites de dos mundos, verdadero gozne donde se doblan y quiebran las visiones largamente enfrentadas. De otra parte, la situación humana referida concretamente a un hombre, Constantino Paleólogo, enfrentado a su propio destino. Es justamente aquí donde Kazantzakis hace centro y concretiza en la visión dramática su pensamiento en cuanto concepción del hombre y de su creación de mundo.

La situación de Constantino es doblemente trágica, pues no sólo está enfrentado —en cuanto Emperador y máxima cabeza de la Polis— al poder destructor y conquistador de los turcos, por donde se aúnan su condición de hombre y de gobernador responsable de la ciudad, sino que está también enfrentado a la propia situación interna de descomposición de la Polis en sus integrantes: la nobleza, el clero, el pueblo y los esclavos.

Grupos que tienden a sus propios y exclusivos intereses e incluso llegan a dividirse entre ellos mismos. Así, la lucha debe realizarla dentro en su propio imperio para reducir las diferencias, frente al enemigo exterior, y dentro de sí mismo, paralelamente, en la búsqueda de su salvación en los límites de su destino humano reducido a la soledad y sin esperanza posible.

El sentido trágico de la obra no está dado sólo en el plano de la caída de Bizancio, en la caída de Constantino, sino que juntamente con ello, Kazantzakis le imprime el tono heroico como condición suprema y determinante de un pueblo, de una raza toda que hace su aparición en la figura de Constantino. Figura que se eleva así pura y patética, y que, por eso mismo, posibilita la configuración mágica de la leyenda incorporada a la trama del último acto.

El pensamiento neurálgico que estructura el desarrollo de la tragedia y desde donde surge la tonalidad histórica es, en cierto modo, reiterado en otras obras suyas como *Cristóbal Colón*, *Teseo*, o en sus novelas como *Libertad o Muerte*, *Cristo de nuevo crucificado*, expuesto también en su *Ascética*.

En la obra que reseñamos este pensamiento está expuesto y vivido por Constantino, por el capitán cretense Jarkutsis, entre los personajes secundarios.

Enfrentado Constantino a los nobles divididos entre los "francos" u occidentales y los "helenos" o griegos, les dice:

"¡Concordia, amor, paciencia, fieles amigos! No nos dejéis completamente solos. ¿Dónde vais? Grande es esta hora: que nuestra alma crezca con ella cuan alto pueda" (p. 28).

Y más adelante:

"Me palpita con fuerza el pecho. Escucho una voz en lo profundo de mi ser: ¡en esta aurora habrá de ser juzgado el mundo!" (p. 28).

Lo que Constantino les va diciendo es que el destino de la ciudad depende de la decisión de cada hombre:

"¿Temblamos? Al punto se echará a temblar la Ciudad. ¿Vacilamos? Vacila ella y se entrega. ¡La verdadera Polis, hermanos míos, es el alma nuestra!" (p. 29).

Conjugando con esta afirmación, Constantino sostiene su propia decisión:

"Lo juro. Haya Dios dispuesto lo que fuere, como hombre, he de guiar mis pasos por el sendero de la desesperanza extrema" (p. 29).

El sentido de estas palabras sólo las aprehenderá el lector o el espectador en el desarrollo posterior de la trama. Pero son expresiones que van intensificando y elevando el tono trágico-heroico.

Ya cuando ha quedado solo, el eco de estas palabras se revierte sobre su interior:

"Calla, alma mía, no te entristezcas. Levántate, atalaya inconquistable inmersa en las entrañas del hombre. ¡Aunque tomen la Polis, a ti no te han de sojuzgar!"

He aquí el gran tema de Kazantzakis, la libertad, la búsqueda de la libertad interior.

Más adelante en este mismo Acto II, en el diálogo que sostiene Constantino con su amigo Franzís, dice:

"Franzís, mi alma está cansada de clamar, de combatir, de rendir pleitesía, de amenazar, de abrir y cerrar los brazos en el aire. No llevo corona real, sino de espinas".

Su amigo le recuerda justamente que en el momento de su coronación, él, Constantino, le habría respondido a una pregunta suya: "No desposo yo a la Polis; y ésta no es boda ni coronación, Franzís. Viuda, la Ciudad Reina me llama a un duelo sin esperanza". Y Constantino recordando a su vez aquellas palabras suyas de anticipación, le responde:

"Yo esta noche lo comprendo y me siento más valeroso. Con libre voluntad, tomé sobre mis hombros la Cruz de mi stirpe. Y soy crucificado y marchó con los ojos bien abiertos hacia la muerte. Un instante he podido vacilar —cuerpo soy y sufro— pero luego me yergo tenso y con plena libertad sigo mi destino".

Y a la pregunta de su amigo: "¿Qué destino?", Constantino responde: "Sin esperanza luchar heroicamente". Para luego redondear su pensamiento más ceñidamente:

"En el postrer y grande instante, juzgué el alma del hombre: Pueblo y Nobleza, todos juntos, hemos de emprender el camino de la libertad y del sacrificio".

Sobre estas ideas y pensamientos se estructura la obra toda y como factor que aglutina los demás elementos en la totalidad de la obra. Es al mismo tiempo el hilo tensional, puesto que las acciones de Constantino se van ajustando paso a paso a estas proposiciones y determinaciones de su heroicidad. Y es tensional no sólo por las situaciones dramáticas sino que también por las expresiones que informan y conforman a los personajes.

La visión apocalíptica que enmarca todo el desarrollo de la acción dramática contribuye eficazmente a la mantención creciente de la tensión. Cabe destacar en este aspecto la figura del "piróvata" enloquecido y en trance, quien ve y profetiza la catástrofe y patentiza el horror del momento.

Así también la escenografía y el movimiento de los personajes y grupos humanos recuerdan la tragedia antigua. Nada, ningún elemento queda fuera en la creación y expresión del patetismo.

Luis Muñoz G.

*Poemas 1947-1966*, de LUIS GUSTAVO ACUÑA LUCO

Este libro de poemas llega sin pie de imprenta y sin año, pero hemos de suponer, por el nombre de su autor, que ha sido impreso en Alemania donde reside desde hace algunos años. Efectivamente Acuña se ha radicado en la República Federal de Alemania. De algún modo le recordamos todavía desde su época de estudiante y ya sabíamos entonces de sus inclinaciones por la poesía y la música. Así es que no nos sorprende del todo esta publicación suya.

El libro comprende poemas que fue creando desde 1947 hasta 1966. Su autor lo ha dividido en catorce partes: i. Sonetos, ii. De profundis, iii. Galerías, iv. Reludio otoñal, v. Greguerías, vi. Ausencias, vii. Sonetos románticos, viii. Romances, ix. Soledad, x. Paisaje interior, xi. Escritura vital, xii. Evocación, xiii. Poemas en el extranjero y xiv. Otros poemas. Tal es el orden en que ha querido agrupar su producción de veinte años. Un libro así armado ofrece una cierta desigualdad en sus poemas, porque la ordenación aun cuando no tenga que ser cronológica, en el presente caso no lo es, debe propender a darnos una cierta línea que señale la evolución del quehacer poético. Desde luego que el lector puede reconstruir esta línea, pues el autor ha cuidado de señalar las fechas de sus poemas. En todo caso, es evidente la intención del poeta en el sentido de armar un libro con cierta unidad en la distribución de sus poemas.

No es difícil darse cuenta, por otra parte, de una clara preferencia del autor por el soneto en la configuración de su obra. Esta inclinación queda ya justificada en el "Ideario estético" de Acuña que viene como introducción a la obra. Dice allí: "La tendencia a lo bello y simétrico —producto de una sensibilidad enmarcada en los límites del equilibrio conceptual y emocional— se refleja en el Soneto, estructura sintética de lo vivencial".

Lamentablemente se olvida nuestro autor de que si bien el soneto es una estructura vivencial, de una parte, también lo es desde el punto de vista métrico y rítmico. Y aquí está la falla, a nuestro juicio, de algunos de sus sonetos. Si cumplen con la estructura estrófica y de la medida de los versos, fallan por la configuración rítmica. En fin, no vamos a examinar la obra en el plano técnico estricto. El libro como libro no tiene unidad,